

**J.E. Valls Boix, Suely Rolnik:
Descolonizar el inconsciente,
Barcelona, Herder Editorial, 2024, 216 pp.**

Lydia Calero Albarrán
Universidad Complutense de Madrid ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/rpub.105645>

Esta obra escrita por Juan Evaristo Vall Boix nos presenta el pensamiento de Suely Rolnik, filósofa brasileña cuya construcción teórica se encuentra permeada por figuras como Guattari, Deleuze, Foucault y la artista Lygia Clark. Teniendo en cuenta lo dicho, Rolnik ofrece un diagnóstico del estado del inconsciente en el marco occidental, el cual se encuentra atravesado y regido por elementos coloniales, racistas, cisheteropatriarcales y capitalistas. Pero este ensayo no se limita a localizar una problemática, sino que también ofrece la esperanza de poder reformular la subjetividad de mano de la sustitución del pensamiento hegemónico basado en formas limitantes; por el saber de los afectos y el reconocimiento de la interdependencia de los cuerpos. Es una invitación a crear un nuevo modo de desear y de existir, reconociendo nuestra potencia vital, creativa y afectiva.

Sin embargo, cabe recalcar que los afectos para Rolnik no son meramente una materialización lingüística o pictórica, sino que consisten en la presencia de «lo otro»; de aquello que se percibe como ajeno al «yo», permitiendo ir más allá de la condición de sujeto. Esto concede la posibilidad de que aflore lo que Rolnik denomina una «micropolítica», que opera sobre un sustrato corporal basado en las relaciones que establecemos con la alteridad, reconfigurando la subjetividad. Esta micropolítica que «consiste en hacer una política del deseo» (Valls Boix, 2024, pág. 29) es una propuesta basada en desear de otro modo que no sea el impuesto por las lógicas de la Modernidad. Las cuales construyen una subjetividad basada en la eliminación de la diferencia y en la sumisión del cuerpo a las identidades imperantes.

Esta nueva concepción del deseo se aparta de la tradición psicoanalista freudiana, para establecer un deseo que no sea de carácter esencial ni estático. El deseo para Rolnik pasa a ser algo positivo, una fuerza que es partera de nuevas formas de existencia y vínculos, «una pulsión de vida» (Valls Boix, 2024, pág. 40). Esta fuerza vital será el motor de creación en la «micropolítica activa», la cual busca transformar el transcurso de la subjetividad abrazando la extrañeza

y encarnando la expectativa de superación de las formas establecidas. Esta «micropolítica activa» constituye una respuesta al régimen del inconsciente en las sociedades neoliberales, que es el responsable de originar subjetividades de carácter colonial-racial-cisheteropatriarcal-capitalístico. Es decir, cuando los sistemas y lógicas dominantes crean subjetividades, se da lugar también a una determinada «política de la sensibilidad» (Valls Boix, 2024, pág. 52), lo que implica una serie de parámetros de cómo se debe desear y cómo se debe estar en el mundo. Esto lleva a Rolnik a postular que el capitalismo propio del neoliberalismo es una «fábrica de mundos y sujetos» (Valls Boix, 2024, pp. 52-53), donde el inconsciente opera creando formas de realidad que se engendran en la correspondencia de este con una serie de elementos. Así, el inconsciente guía al deseo para salvaguardar la estabilidad vital y emocional cuando se le agencian representaciones extrañas o alternas, que pueden ser amenaza de ruptura de este equilibrio. De esta manera, el inconsciente en las sociedades occidentales neoliberales es guiado hacia una «micropolítica reactiva» que conlleva la perpetuación de las formas y la negación de la capacidad transformadora de la vida.

En este entramado reactivo, el sujeto es incitado al rechazo de los afectos, o sea, a la erradicación de la diferencia mediante el uso de los patrones imperantes. El deseo entonces es canalizado hacia relaciones que no exijan la presencia afectiva y las ideas dejan de remitir a lo alterno. Lo que se traduce en un rechazo del devenir de la vida y la vuelta a unas formas pétreas, creando sujetos que no pueden persistir en el transcurso existencial sin ejercer violencia o dominación sobre lo otro que les conforma. En definitiva, allí donde el sujeto pasa a ser su propia cárcel perdiendo las relaciones con el afuera y con lo alterno, predomina un régimen colonial-racial-cisheteropatriarcal-capitalístico.

Siguiendo esta línea, Juan Evaristo Valls se propone desglosar todas estas dimensiones del inconsciente que defiende Rolnik, comenzando por la capitalística. Cuando la filósofa afirma que

el inconsciente es «capitalístico o cafisheístico» lo que pretende decir es que el capitalismo guía la subjetividad a la perpetuación de la forma sujeto, en vez de a su destino vital legítimo. Lo que implica que lo racional, en el marco neoliberal, no es atender a los afectos; sino sustraer la fuerza vital de la subjetividad para orientarla a la acumulación del capital. De esta manera, se evidencia que «los valores de rentabilidad, eficiencia y crecimiento diseñan la dinámica misma de nuestro deseo» (Valls Boix, 2024, pág. 57). La búsqueda de la identidad con uno mismo en el capitalismo se vuelve ley inquebrantable, lo que reproduce sujetos ensimismados y narcisistas que evalúan constantemente sus acciones para tornar sus recursos en capital.

Esto nos conduce a la segunda dimensión de este régimen del inconsciente: el racista y colonial. De este ámbito se extrae una relación jerárquica que impone una superioridad ontológica del ser humano con respecto al resto de especies, lo que le crea la falsa potestad para imponerse y dominar aquello que no le es semejante taxonómicamente. Sin embargo, no es cualquier tipo humano el que se encuentra en la cúspide de esta pirámide, sino que es el hombre blanco europeo el que representa este puesto. Esto, sumado a la legitimidad para imponerse sobre lo otro, da lugar a la noción de «raza»; lo que abre la vía para poder despenalizar la subordinación de las etnias consideradas inferiores al poder del hombre blanco. El resultado es una subjetividad bicéfala: la «subjetividad-lujo» y la «subjetividad-basura» (Valls Boix, 2024, pág. 61). El colonizado, encarnando la segunda, será relegado a una posición epistémica por debajo del colonizador, que representa la primera. Por lo que no será de extrañar, como señala Rolnik, que el oprimido quiera imitar las formas de violencia de su opresor para garantizar su propio éxito vital.

Sin embargo, no solo está presente una estructura de violencia y dominación sobre las poblaciones que no encajan en el estatuto blanco europeo, dicho de otro modo, sobre las «subjetividades-basura». Sumado a ello, esta estructura también se despliega a través de una «naturalización binaria de la diferencia sexual» (Valls Boix, 2024, pág. 61) lo que conduce a la última dimensión del inconsciente, la cisheteropatriarcal. Rolnik señala que este ámbito del inconsciente tiene como objetivo establecer una jerarquía metafísica encabezada por los valores masculinos, lo que deriva en un ensañamiento con todo aquello que no pertenezca a este ámbito, es decir, lo femenino. De esta manera, la mujer es cosificada y despojada de su capacidad de desear: «ser mujer no significa otra cosa, es este régimen, que ser violable» (Valls Boix, 2024, pág. 62). Esta imposición sobre el cuerpo femenino es de tal magnitud, que siempre crea en la mujer la necesidad involuntaria de cumplir con la dicotomía de sujeto-violento y objeto-violentado. Esto significa que siempre hay una voz masculina, que emana de la psique femenina, afirmando que el deseo se ve satisfecho y está correctamente orientado, si se somete a la dominación afectiva del hombre.

Estas tres dimensiones, capitalística, colonial y cisheteropatriarcal, en conjunto, dan lugar a una forma de conocer el mundo basada en la anulación total de los afectos, donde la existencia deja de

concebirse como un puro devenir incesante. Esto desemboca en sujetos insensibilizados a su cuerpo y hacia los otros seres que lo conforman. pasan a ser, en individuos solitarios que necesitan anular la escucha de sus afectos para poder desplegar una subjetividad regida por las formas, que garantice su pertenencia al orden. «Como quien dibuja hasta romper el papel, una y otra vez la misma forma, el viejo recorrido, tan aburrido, tan seguro y confortable» (Valls Boix, 2024, pág. 67). Ante esta situación crítica, Rolnik postulará la «subjetividad antropófaga» que se apoya principalmente en un «saber-de-los-afectos» (Valls Boix, 2024, pág. 78).

Este «saber-de-los-afectos», cuya procedencia reside en la memoria, constituye una práctica ética-estética-clínico-política basada en la escucha activa de todas aquellas simientes que no han llegado a florecer en nuestro cuerpo, pero que buscan sobresalir para generar un nuevo futuro. Así, en esta práctica, es indispensable el «pensar» como la creación de expresiones que ayuden a definir aquello que le es transversal e ininteligible al cuerpo. Es dotar de sentido a aquella alteridad que se encuentra ya latente en uno mismo. Pero también es estrictamente necesario concebir el «crear», como la asunción de que podemos dejarnos afectar por el otro, de la interdependencia de los cuerpos. Debemos reconocernos como vulnerables sin que eso suponga una amenaza, sino un «devenir otro» que cree un equilibrio afectivo entre las diversas formas de vida y fuerzas presentes.

Dicho saber que se apoya en la complicidad e interdependencia con lo disidente, va a ser una invariable epistémica dentro de la «subjetividad antropófaga». Esta subjetividad no es de carácter narcisista, sino que hace abrazar la singularidad ajena como una vía para abandonar los límites propios. Asimismo, encarna la disposición corporal de mezcolanza con el otro, lo que implica un modo de actuar transitorio, un viaje hacia formas novedosas de ser y estar. Se vuelve obvio, pues, que esta subjetividad no es unívoca, no encaja en una única forma rígida de identidad; sino que esta simboliza «la singularidad de un vínculo y no la autenticidad de un yo» (Valls Boix, 2024, pág. 89). Cabe recalcar, esta subjetividad antropofágica será redefinida años más tarde por la filósofa, para poder abordar con más exactitud la situación neoliberal y capitalista que asola a las sociedades occidentales. Este desplazamiento conceptual bautiza a la subjetividad como «subjetividad flexible» (Valls Boix, 2024, pág. 90), que constituye una reacción y una resistencia a las dinámicas coactivas del capitalismo acelerado. «La subjetividad flexible se crece en los vínculos, aspira a la horizontalidad del encuentro y no a la verticalidad de la imposición» (Valls Boix, 2024, pág. 94).

Pero Rolnik expone que el capitalismo se ha percatado del potencial creador de esta subjetividad, y en vez de inhibirlo y condenarlo, hiperestimula sus fuerzas para ponerlas al servicio de los intereses de su lógica. Es una estrategia que se traduce en una forma de control del deseo fundamentada en la necesidad de ser siempre auténtico, lo que desemboca en la adicción a la búsqueda incesante de placer. Por consiguiente, los vínculos mediados por estas lógicas se empobrecen y la creación

es apartada de la pregunta por la alteridad. Se «neoliberaliza» la subjetividad como afirma Valls Boix. Así que, de nuevo, se vuelve a un marco carente de referencia a un afuera del «yo», donde la potencia vital es desviada del que debería ser su auténtico destino. Sin embargo, lejos de conformarse con esta situación, Rolnik presentará finalmente una serie de recomendaciones para poder oponer una resistencia y redirigir las potencias de vida a la colectividad: en resumidas cuentas, presenta en qué consiste la tarea de «descolonizar el inconsciente».

Esta expectativa de trascendencia de las imposiciones del régimen colonial-racial-cisheteropatriarcal-capitalístico comienza por concebir la forma sujeto como algo antinatural y limitante, lo que instala la expectativa de cambio en el modo de desear y vivir en el mundo. Esta expectativa traerá consigo la iniciativa de crear líneas de fuga dentro de la «fábrica de mundos y sujetos», y llevar a cabo una «revolución molecular» (Valls Boix, 2024, pág. 119), siendo estas un conjunto, prácticas microfísicas que permiten ir delineando nuevos modos de residir. Se debe actuar como arañas cuando tejen sus redes, lo que significa sentir y acoger en el cuerpo las vibraciones de todo aquello que nos rodea. Esto será motor para poder promocionar modos de vida que se ajusten a la brújula ética, lo que entraña un rechazo del *modus operandi* competitivo y poner el deseo al servicio del cuidado de los otros.

Por tanto, se extrae que hay que concebir las inquietudes y rupturas de nuestro equilibrio como un punto de partida para el cambio y la transformación. Tomar conciencia de que las formas imperantes no se ajustan a nuestras demandas vitales y afectivas, y que es necesaria una metamorfosis. Pero aceptar esto también supone abrazar la culpa que puede surgir por no poder llevar a cabo un cambio. No debemos concebirnos como responsables de esta ausencia transformatoria, sino señalar al culpable, que en este caso es la lógica del régimen del inconsciente. Cada caída constituye un nuevo inicio, no obstante, este no debe subyugarse a la promesa de un mundo libre de dominación y totalmente perfecto. Porque esto «de nuevo» conduciría a una negación de la vida, al sacrificio en nombre de una recompensa utópica. Por eso, para descolonizar el inconsciente, hay que «reforestar, reforestar y reforestar los campos subjetivos, sociales, ambientales y mentales» (Valls Boix, 2024, pág. 121); colocar el foco sobre la potencialidad, la capacidad de llegar a ser de todas estas semillas. Porque estas, aunque estén germinando y no hayan cristalizado, permitirán comenzar a dibujar un horizonte carente de violencia racial y heteropatriarcal. Y ya no solo eso, sino la idea del cultivo de una vida que no repela la extrañeza, sino que la arrope y se reafirme en ella.